

EL PAPEL DE LA DIVULGACIÓN EN EL CONOCIMIENTO DE LA INMIGRACIÓN

David SOLAR
Director de *La Aventura de la Historia*

“Una personalidad encerrada en sí misma soñará con la venganza y la violencia, mientras una personalidad oprimida oscilará entre la resignación y la rebelión. Para evitar estos traumas, es necesario reforzar en los jóvenes la cultura general y el conocimiento del mundo. El joven debe tener una idea precisa (y la más justa posible, es decir, ni exagera ni infravalorada) de su propia cultura y una idea lo más precisa posible de la cultura universal”, escribe Mohamed Charfi, el gran jurista, político y humanista tunecino en su obra *Islam y Libertad*¹.

En este sentido entendí la idea de decir unas palabras sobre el papel de la divulgación en la emigración, es decir su valor en el conocimiento por el emigrante de la cultura e historia propias y en el conocimiento, también, de la cultura e historia del pueblo con el que va a convivir. El conocimiento de los propios valores dará al emigrante una valoración positiva de sí mismo, que contribuirá a ayudarlo a superar la enorme carga negativa de su circunstancia y el conocimiento del pueblo en el que trata de integrarse le ayudará a comprenderle y adaptarse a la nueva realidad.

La divulgación en ese caso contribuirá a un mejor conocimiento propio y ajeno, evitando ese encapsulamiento generador de “resignación, rebelión, venganza o violencia”, en palabras de Charfi.

El problema que se observa desde el principio en una idea tan bien intencionada como esta, radica en que el emigrante –pese a las excepciones mencionadas aquí por el doctor Martínez Montávez- no suele disponer de un buen conocimiento de la cultura propia para proveerse de semejante defensa y, lo que es más difícil, raramente contará con medios para incorporarse plenamente en la cultura que le ha recibido...

Esta sería la regla general, dándose una excepción evidente en las migraciones de tipo político, que suelen afectar precisamente a minorías cultivadas. En España

¹ Almed, Granada, 2001.

disponemos de casos elocuentes, por ejemplo, la emigración española consecuente a la Guerra Civil, que junto a la gran masa de republicanos de clase popular: soldados, sindicalistas, afiliados a partidos de izquierdas, etcétera, estuvo formada por buena parte del profesorado universitario y por profesionales liberales de todo tipo. Y, más recientemente, ante las dictaduras chilena y argentina, todos hemos sido testigos de migraciones altamente politizadas y, con gran frecuencia, de elevada formación universitaria y profesional.

No es este tipo de migraciones especiales las que me interesarían para desarrollar este tema. Pero antes de ver a quienes podemos dirigirnos, sepamos a qué tipo de divulgación nos referimos.

Cuando la responsable de la organización de este simposio, Montserrat Abumalham, me sugirió este contenido, lo acepté con la predisposición de reflejar en él mi experiencia como editor y director de revistas de Historia, Arte y, en general, de publicaciones de índole cultural. Claro que mi experiencia radicaba en la búsqueda de un público proclive a intereses de esta naturaleza y no expresamente de la emigración, que, en líneas generales, estará seguramente lejos de estos intereses por idioma, preparación cultural e, incluso, por capacidad económica.

Es decir, volvemos a mis palabras del comienzo: la divulgación sería de sumo interés para el emigrante, pero, salvo excepciones, no llegará a ella.

Mas delimitemos el campo. ¿A qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de divulgación? Dice el diccionario de la *Real Academia* que divulgar es “poner al alcance del público una cosa” y el *María Moliner*, más explícito, añade “poner al alcance de la generalidad de la gente algo que antes estaba reservado a una minoría”. En líneas generales, esta definición ha sido la brújula que me ha marcado el norte durante treinta años largos de trabajo como divulgador de la Historia, del Arte y de la Cultura.

¿Y qué es lo que se debe divulgar?

Escribía Indro Montanelli, el gran periodista y divulgador italiano en el prólogo de su *Historia de Grecia*: “En esta historia los poetas y los filósofos cuentan más que los legisladores y los caudillos. La huella dejada por Sócrates y Sófocles me parece más profunda que la dejada por Temístocles y Epaminondas”.

Esta frase que tanto me impresionó cuando yo tenía veinte años fue mi pauta cuando hace ya tres décadas, siendo jefe de la sección de Internacional de *Cambio 16*, me propusieron que publicara una revista de Historia. Me entregaron sólo un título: *HISTORIA 16*, que el Ministerio de Información y Turismo, el primero de la transición, acaba de inscribir en el registro de publicaciones periodísticas. Una historia de batallas, de reyes deslumbrantes o miserables, de secretos de alcoba, de joyas y polisonas, me interesaba poco.

Aún sin tener un proyecto claro, yo vislumbraba una revista que cubriera las enormes lagunas detectadas en los manuales de Historia que me tocó estudiar en el Bachillerato y en la Universidad. Libros llenos de fechas, de guerras, de nombres, de cambios que se producían, a veces inexplicablemente, como si ocurrieran por un *Deus*

ex machina -como en las obras griegas de teatro- o gracias a la voluntad de un hombre o, a veces, movidos por la casualidad o el destino.

Nunca me he fiado de tales casualidades. Nunca he creído que por una herradura se pudiera perder una batalla. Las batallas, según Napoleón, las ganan quienes tienen más cañones. Y todos sabemos que tienen más cañones los países que disponen de mayor riqueza, de tecnología más avanzada (surgida de una fuerte política que fomenta y protege la investigación) y de más industria para producirlos; los manejan mejor quienes son capaces de formar buenos artilleros, quienes disponen de una teoría balística superior, de telémetros o de radares más precisos... Los mejores artilleros salen de las academias militares que disponen de mejor profesorado, superior doctrina de guerra, más medios de investigación y adiestramiento; tales centros se hallan en países que por razones económicas, históricas, estratégicas, etc... están interesados y en disposición de mantenerlos.

En resumen, la famosa herradura que perdió el caballero es una simple y mínima curiosidad dentro de un enorme proceso tras el que está todo un pueblo, con una cultura, una economía, una posición geográfica, una filosofía, una política educativa, un determinado régimen político, cierta situación social, tradiciones, costumbres, religión...

Cuando me propusieron hacer una revista de Historia, me pregunté lo que había tras las herraduras perdidas en las batallas, tras los estandartes que flameaban orgullosos al viento o que yacían, embarrados, a los pies de los caballos... y pensé en los pueblos... En cómo nacía, comía, amaba, trabajaba y moría el hombre que pintó Altamira; el que construyó las pirámides de Egipto; el sacerdote de Amón que controlaba el nilómetro y calculaba las cosechas y, por ellas, los impuestos, determinando quizás más que el propio faraón, la religión, la ciencia, la economía y hasta la política del antiguo Egipto. Pensé en el mucho interés que para todos tendría saber como era la vida cotidiana en una ciudad griega o romana o en un burgo medieval... Pensé en la influencia de la literatura, la filosofía, la economía, la tecnología o la religión en el comportamiento de las sociedades y eso es lo que a lo largo de los últimos treinta años he tratado de llevar a las páginas de las revistas de Historia que he dirigido.

¿Y qué tiene que ver todo esto con el tema de este simposio si ya, desde el comienzo, hemos visto que la divulgación, seguramente utilísima, no dejaba de ser un desideratum dentro del mundo de la emigración?

Pues bien, creo que la divulgación puede ser un excelente medio de conocimiento en dos de las caras del poliedro de las migraciones:

En primer lugar, como medio para dar a conocer entre los receptores de la emigración el valor y los valores que ésta tiene. El conocimiento de los emigrantes es, sin duda, la mejor receta para eliminar temores y rechazos y el conocimiento propio, la mejor manera de sembrar comprensión y tolerancia.

Hoy y ahora a los españoles hay que contarles que durante centurias nosotros mismos fuimos emigrantes. Emigrantes a América como navegantes, descubridores y, sobre todo, como colonizadores, en busca de tierra y fortuna. Y emigrantes a

América, a Europa e, incluso, a Australia, durante buena parte de los siglos XIX y XX. Ciñéndonos al mundo que protagonizaron nuestros padres -y que incluso muchos de los presentes hemos conocido-, en la década de los años cincuenta emigraron a América 150.000 españoles y en los años sesenta y principios de los setenta oficialmente emigraron a la Europa de la Comunidad Económica y a Suiza cerca de 700.000, aunque las cifras reales debieron rondar los dos millones.

Hay que informar a nuestra sociedad de que aquellos millones de emigrantes españoles no sólo contribuyeron a levantar nuestro país, sino también y en mayor cuantía, a elevar la prosperidad y el desarrollo de los países que les recibieron... De igual manera que los emigrantes son ya hoy un factor importante en la prosperidad española.

Conocer estos datos, difundir que aquellos emigrantes, con el envío de sus remesas de divisas a sus familias, contribuyeron eficazmente al fenómeno del desarrollismo de los gobiernos tecnócratas del ocaso del franquismo, ayudará a comprender a los actuales emigrantes a nuestras tierras y eliminará, seguramente, algunas aristas.

Más aún, si al hecho social y al fenómeno económico se añaden datos sociológicos y humanos, como la extraordinaria dificultad que nuestros padres tuvieron que vencer para superar, dentro de su cultura, habitualmente muy limitada, los problemas del idioma, de la integración, del desprecio racista que con frecuencia les golpeó.

Ese tipo de divulgación cabe en revistas del género de las que yo hago y en ese sentido publicábamos, por ejemplo, un debate titulado “Dura emigración” en nuestro número 30, allá por abril de 2001, cuando oficialmente había en España un millón de emigrantes extranjeros, un 2,5% de la población total española, cuando hoy la cifra es quizás superior al triple.

En segundo lugar, cabe también contribuir a que los lectores españoles no se regodeen en la autocomplacencia, pensando que somos un país idílico, tolerante y abierto como se ha tratado de mantener, sino, que, por el contrario, somos un país con importantes aristas xenófobas y racistas. El sociólogo Tomás Calvo Buezas autor de la obra “Inmigración y racismo”, publicaba en La Aventura de la Historia datos estremecedores de sus encuestas: “Un diez por ciento de los estudiantes se autodeclara racista y votaría a un partido político como el de Le Pen en Francia y asegura que echaría de España ‘a los negros y a los marroquíes’. Y algunos escolares escribieron en las encuestas autocumplimentadas, frases como ésta: ‘sinceramente, hay grupos de personas que no merecen vivir. Están de sobra en esta sociedad porque no hacen más que mal para ella. ¡No gitanos!’. Otro adolescente pinta a un ‘gitano colgado de una horca’.

“Según mis encuestas -seguía comentando el sociólogo- un 15% de los universitarios de Madrid y el 27% de los escolares de España ‘echaría a los gitanos’. Un 15% de los universitarios y un 24 de los escolares ‘echaría a los moros/árabes de España’. Un 4% de los universitarios y el 15% de los escolares ‘echaría a los judíos’. Un 47% de los universitarios y un 42% de los escolares cree que los inmigrantes ‘traen droga y delincuencia’. Un 19% de los universitarios y el 38% de los escolares cree que la raza blanca es superior, la más culta y desarrollada del mundo”.

Cada una de esas respuestas indica, en gran parte de los casos, ignorancia, pues el propio sociólogo concluye que “A pesar de estos nubarrones insolidarios, hay que afirmar que en su mayoría nuestros jóvenes son tolerantes, pacifistas, abiertos a otras culturas y hospitalarios con los emigrantes”.

En este sentido, la divulgación puede contribuir a que recordemos de dónde venimos, a que reconozcamos cómo somos y, evidentemente, cómo no debiéramos ser.

En tercer lugar, la divulgación puede hacer otras cosas, como, por ejemplo, exponer los motivos de la emigración, los problemas del emigrante, la razón de algunas conductas poco cívicas, los medios para superar las situaciones negativas y, sobre todo, deberá dar ejemplo de respeto y de una interpretación culta y moderada de los orígenes de tales problemas. En ningún caso se utilizarán en los artículos frases peyorativas o despectivas o, incluso, calumniosas e injuriosas como, a veces, se puede ver. Ciertamente, que cada vez menos.

Tengo al respecto una anécdota curiosa ocurrida con mi revista. Hace cinco años publicábamos un debate sobre racismo y xenofobia en España -es decir, poníamos el dedo en la llaga en esa gran cuestión de dónde venimos y cómo somos- y, como es habitual en nuestras páginas, brindábamos al público un desplegable, una gratificación que el lector agradece mucho. En este caso, nuestro desplegable consistía en una muestra del mestizaje, tal como era visto y catalogado por la sociedad criolla mexicana del siglo XVIII. Esa muestra está formada por 16 cuadros que se conservan en el Museo de América de Madrid. Pues bien, faltó tiempo para que algunos lectores nos escribieran cartas airadas como si hubiésemos intentado convertir tal muestrario histórico, fruto del afán racionalista y catalogador de la Ilustración, en una proclama racista.

Uno de nuestros lectores escribía: “Lo considero del más pésimo gusto, políticamente incorrecto, socialmente incorrecto, y éticamente incorrecto. Dar difusión a estos ensayos antropológicos, tan faltos de rigor y con unos enfoques impregnados de xenofobia o, al menos, inductores a tales actitudes, no es buena prueba de los valores humanos y democráticos del siglo XX”.

Ciertamente, el lector había entendido poco y no había leído los textos, todos ellos contrarios al racismo y a la xenofobia, pero he reproducido esa carta para que se observe que hay muchas personas altamente sensibilizadas y que reaccionaban airadamente incluso ante unos documentos históricos y antropológicamente muy ricos, porque los consideran racistas y lesivos para la convivencia.

En cuarto lugar, otra manera de suscitar la comprensión del nativo hacia el inmigrante es la positiva valoración cultural e histórica de las culturas y países de origen. Invitados por el Departamento de Estudios Árabes e Islámicos a pronunciar estas palabras es adecuado referirse a una parte substancial de los inmigrantes en España, originarios de países árabes y de religión islámica. No diré que la manera de prepararles mejor el terreno sea edulcorar la Historia y hablar sólo de su antigua grandeza, de sus fulgurantes conquistas y de su gran riqueza cultural, científica y artística. Lo históricamente, lo científicamente apropiado, es trazar un relato

equilibrado, lo más próximo posible a la verdad, sin caer en una narración hagiográfica y, menos aún, en una exposición cargada de prejuicios. Pero si se ha de pecar de algo, yo diría que lo mejor es excederse en lo positivo.

En quinto y último lugar es imprescindible referirse a las generaciones hijas de la emigración. Es posible, como exponíamos al comienzo, que gran parte de los emigrantes carecieran de cultura, interés y medios para acceder a ese mundo de la divulgación al que nos estamos refiriendo. Pero, ya existe una mayoría de esos emigrantes que han venido para quedarse y algunos ya tienen hijos en edad escolar e, incluso, en edad universitaria. Para ellos, la divulgación podría resultar el medio más idóneo para conocer sus orígenes y sentirse satisfechos de ellos y para acceder al conocimiento de la historia, el arte y la cultura del país receptor en el que ya están integrados y en el que van a formar una familia. En ese aspecto, el mejor conocimiento de sus orígenes satisfará la necesidad de autoestima y aprecio que todos necesitamos y contribuirá a mantener sus propios valores e idiosincrasia; y la comprensión del país de acogida, que ya es el propio de esta segunda generación, mejorará sus relaciones, vertebración y tolerancia.

Abundando específicamente en la divulgación conveniente para todo el mundo árabe-islámico y, por tanto, interesante para los emigrantes de esa cultura y credo, el ya mencionado Mohamed Charfi recomienda: “Su cultura filosófica deberá comprender tanto la filosofía islámica como las principales escuelas filosóficas extranjeras, desde el pensamiento griego hasta las escuelas contemporáneas. Conocerá todas las tendencias, la diversidad de opiniones y la riqueza de los debates. Su cultura literaria se apoyará en los textos de autores, grandes nombres de la literatura árabe antigua y, sobre todo, moderna, así como en las literaturas extranjeras.

Con la enseñanza de la historia, materia fundamental, el alumno conocerá correctamente la historia de su país, al mismo tiempo que tendrá una idea clara de las grandes civilizaciones y de los acontecimientos importantes que marcaron las épocas moderna y contemporánea del mundo. Tendrá, también, un conocimiento suficiente sobre la gran revolución francesa de 1789, sobre el Siglo de las Luces que le precedió y la evolución del parlamentarismo inglés...”.

Naturalmente, el humanista tunecino hablaba de contenidos históricos y culturales generales. En España debería, además, divulgarse, el brillante período histórico, cultural y literario de al-Andalus, pero, también, el proceso de la unidad española, el descubrimiento y colonización de América, el Siglo de Oro en sus vertientes políticas y culturales, la decadencia, el cambio dinástico de comienzos del siglo XVIII, la Ilustración, la Guerra de la Independencia, el momento constitucionalista de 1812, la emancipación americana, la II República y la Guerra Civil. Este asunto, muy abandonado, resulta, sin embargo, conveniente para formar un criterio sobre asuntos aún hoy vidriosos y debatidos en nuestra sociedad -abrumada por una producción editorial sin precedentes y, con frecuencia, sesgada- e, incluso, debatidos y sujetos a votación en los foros políticos donde se ha impuesto la voluntad de conservar la memoria de aquella tragedia. También debería divulgarse el final de la dictadura y la

democratización española, la famosa Transición en tantas cosas ejemplar, aunque no puedan ocultarse algunas de sus sombras.

En una obra colectiva de reciente aparición, he leído un interesante artículo: “Educar en sociedades multiculturales. Entre la incertidumbre y la esperanza”, que firma la doctora en Pedagogía, Margarita Bartolomé Pina, catedrática en la Universidad de Barcelona. Una frase me ha causado especial impresión: “El no reconocimiento de la diversidad entre las personas, en su manera de pensar, de su género, de su cultura es uno de los motivos de la violencia en el mundo”. Seguidamente, la autora cita a Restrepo, autor del que no tengo información alguna, pero que dice algo estremecedor: “Una sociedad es violenta cuando no reconoce las diferencias que animan a grupos e individuos, tratando de imponer la misma normatividad, sin aceptar la existencia de casos singulares que obligan a reconocer modos distintos de convivencia”².

No pretendo que la divulgación vaya a ser la panacea, pero una divulgación bien hecha ayudará, sin duda, a reconocer esas diferencias y a tolerar esos casos singulares, porque, entre otras cosas, son una muestra de la riqueza y diversidad humanas.

² *Geografía del desorden. Migración, alteridad y nueva esfera social*, Valencia, 2006.